

—¿Y promesa?—  
—Sí, ¡por Dios!  
Que al partirse de Toledo  
Un juramento empenó—  
—¿Quién es él?—  
—Diego Martínez.—  
—¿Noble?—  
—Y capitán, señor.  
—Presentadme al capitán,  
Que cumplirá si juró.—  
Quedó en silencio la sala;  
Y á poco en el corredor  
Se oyó de botas y espuelas  
El acompasado son.  
Un portero, levantando  
El tapiz, en alta voz  
Dijo:—El capitán don Diego.—  
Y entró luego en el salón  
Diego Martínez, los ojos  
Llenos de orgullo y furor.  
—¿Sois el capitán don Diego,  
Díjole don Pedro, vos?—  
Contestó altivo y sereno  
Diego Martínez.  
—Yo soy—  
—¿Conoceis á esta muchacha?  
—Ha tres años, salvo error.—  
—¿Hicisteis el juramento  
De ser su marido?—  
—No.—  
—¿Jurais no haberlo jurado?—  
—Sí juró.—  
—Pues id con Dios.  
—¿Miente!—clamó Inés llorando  
De despecho y de rubor.  
—Muger, ¡piensa lo que dices!...  
—Digo que miente, juró.—  
—Tienes testigos?—  
—Ninguno.—  
—Capitán, idos con Dios,  
Y dispensad que acusado  
Dudara de vuestro honor.  
  
Tornó Martínez la espalda  
Con brusca satisfacción,  
E Inés, que lo vió partirse,  
Resuelta y firme gritó:  
—Llamadle, tengo un testigo.  
Llamadle otra vez, señor.—  
Volvió el capitán don Diego,  
Sentóse Ruiz de Alarcón,  
La multitud aquietóse  
Y la de Vargas siguió:  
—Tengo un testigo á quien nunca  
Faltó verdad ni razón.—  
—¿Quién?—  
—Un hombre que de lejos  
Nuestras palabras oyó  
Mirándonos desde arriba.—  
—¿Estaba en algún balcón?—  
—No, que estaba en un suplicio  
Donde ha tiempo que espiró.—

—¿Luego es muerto?—  
—No, que vive.—  
Estais loca, ¡vive Dios!  
¿Quién fué?—  
—El CRISTO de la Vega,  
A cuya faz perjuró.—  
Pusiéronse en pié los jueces  
Al nombre del Redentor,  
Escuchando con asombro  
Tan escelsa apelación.  
Reinó un profundo silencio  
De sorpresa y de pavor.  
Y Diego bajó los ojos  
De vergüenza y confusión.  
Un instante con los jueces  
Don Pedro en secreto habló,  
Y levantóse diciendo  
Con respetuosa voz:

—“La ley es ley para todos,  
Tu testigo es el mejor,  
Mas para tales testigos  
No hay mas tribunal que Dios.  
Haremos... lo que sepamos;  
Escribano, al caer el sol  
Al CRISTO que está en la Vega  
Tomareis declaración.

## VI.

Es una tarde serena  
Cuya luz tornasolada  
Del purpurino horizonte  
Blandamente se derrama.  
Plácido aroma las flores  
Sus hojas plegando exhalan,  
Y el céfiro entre perfumes  
Mece las trémulas alas.  
Brillan abajo en el valle  
Con suave rumor las aguas,  
Y las aves en la orilla  
—Despidiendo al día cantan.  
Allá por el miradero  
Por el Cambrón y Visagra,  
Confuso tropel de gente  
Del Tajo á la Vega baja.  
Vienen delante don Pedro  
De Alarcón, Iban de Vargas,  
Su hija Inés, los escribanos,  
Los corchetes y los guardias;  
Y detrás monges, hidalgos,  
Mozas, chicos y canalla.  
Otra turba de curiosos  
En la Vega les aguarda,  
Cada cual comentariando  
El caso segun le cuadra.  
Entre ellos está Martínez  
En apostura bizarra,  
Calzadas espuelas de oro,  
Valona de encaje blanca,  
Un pié delante del otro,  
Y el puño en el de la espada.  
Los plebeyos de reojo

Lo miran de entre las capas,  
Los chicos al uniforme  
Y las mozas á la cara.  
Llegado el gobernador  
Y gente que le acompaña,  
Entraron todos al claustro  
Que iglesia y patio separa.  
Encendieron ante el CRISTO  
Cuatro cirios y una lámpara,  
Y de hinojos un momento  
Le rezaron en voz baja.  
Está el CRISTO de la Vega  
La cruz en tierra posada,  
Los piés alzados del suelo  
Poco menos de una vara;  
Hacia la severa imágen  
Un notario se adelanta,  
De modo que con el rostro  
Al pecho santo llegaba.  
A un lado tiene á Martínez,  
A otro lado á Inés de Vargas,  
Detrás al gobernador  
Con sus jueces y sus guardias.  
Después de leer dos veces  
La acusación entablada,  
El notario á Jesucristo  
Así demandó en voz alta:  
—“Jesus, Hijo de María,  
“Ante nos esta mañana  
“Citado como testigo  
“Por boca de Inés de Vargas:

“¿Juró á Inés Diego Martínez  
“Por su mujer desposarla?  
Asida á un brazo desnudo  
Una mano atarazada  
Vino á pesar en los autos  
La seca y hendida palma,  
Y allá en los aires—¡SÍ JURÓ!—  
Clamó una voz mas que humana.  
Alzó la turba medrosa  
La vista á la imágen santa...  
Los lábios tenía abiertos,  
Y una mano desclavada.

## CONCLUSION.

Las vanidades del mundo  
Renunció allí mismo Inés,  
Y espantado de sí propio  
Diego Martínez también.  
Los escribanos temblando  
Dieron de esta escena fé,  
Firmando como testigos  
Cuantos hubieron poder.  
Fundóse un aniversario  
Y una capilla con él,  
Y don Pedro de Alarcón  
El altar ordenó hacer,  
Donde hasta el tiempo que corre,  
Y en cada año una vez,  
Con la mano desclavada  
El crucifijo se ve.

## TERCERA PARTE.

## A ROMA.

Aun niño me contaron  
Un *no sé qué* de Césares y reyes,  
De alcázares que alzaron,  
De imperios que asolaron  
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba  
Allá en mi débil pensamiento loco  
Cuando en Roma pensaba,  
Que cuanto grande hallaba  
Para finjirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,  
Circos y templos, acueductos, fuentes,  
Trofeos colosales,  
Obeliscos triunfales,  
Termas, jardines, pórticos y puentes,

Perfumes, y oro, y ruido,  
Y sabios, y vestales, y guerreros  
Soñé desvanecido.

Y todo confundido  
Como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!  
No conté con las sordas tempestades  
Del tiempo proceloso,  
Que arrebató impetuoso  
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado  
A impulso de mi joven fantasía  
Volé desatentado  
A ver lo atesorado,  
Lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos  
Que al ancho Tiber las espaldas doma,  
Me prosterné de hinojos,  
Para tornar los ojos  
A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida  
Esa Roma, terror de las naciones,

Desplomada y hundida;  
Ramera embrutecida,  
Hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante  
Que rabiosos los tigres dividieron,  
Y á su raza triunfante  
La presa palpitante  
De sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano  
Que dió su vida en prenda de mil muertes,  
Y el esclavo villano  
Con insolente mano  
Echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,  
Tus severos y nobles senadores?  
Tu gente vencedora  
¿En dónde oculta ahora  
El sitio de tus libres dictadores?

¿Dó están los ciudadanos  
Que nacian señores de la tierra,  
Vasallos soberanos  
Cuyas potentes manos  
Daban al universo paz ó guerra?

¿Dó están esas legiones,  
Que á su placer la púrpura ofrecian  
Y por altas razones,  
A las otras naciones  
Enviaban nuevo rey cuando querian?

¿Dó están esos valientes  
A quien seguian miles de soldados  
A avasallar las gentes,  
Arrastrando insolentes  
Los vintos reyes á su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caida,  
Aquella multitud que iba serena  
A tus circos, servida  
Con ver cómo la vida  
Jugaban sus esclavos en la arena?

¿Tú sola te perdiste!  
Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste,  
Pues la prez que te diste  
Velarte no supiste,  
Y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada  
A un César un puñal y una corona,  
Su raza entronizada  
En tu cerviz hollada  
Por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones  
Tus matronas tomó por concubinas,  
Por eso á sus legiones  
Con tan torpes lecciones  
Hizo á Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura  
Contando como perros sus vasallos,  
Quisiera en su locura  
Esa progenie impura  
Palacios levantar á sus caballos.

Y por eso de flores  
Coronada la sien iban beodos  
Esos emperadores,  
Los crímenes mayores  
A presenciar para saberlos todos.

Por eso ardias, Roma,  
Mientras Neron al resplandor cantaba,  
Y al par que se desploma  
Tu grandeza, el aroma  
Del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras  
Morian inocentes los cristianos,  
Y tus legiones fi ras  
En dobladas hileras  
Apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del oriente  
Tras el pendon del Redentor divino  
Bravo tropel de gente  
Vino, y clavó en tu frente  
El Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso mas tarde  
Tu hora fatal atentos esperaban  
¿Y ansiando que no tarde!  
Los que en vejez cobarde  
Del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron  
Los que tu fértil, opulento y rico  
Imperio devastaron,  
Y en sangre se bañaron  
Las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron  
Los hijos de esa raza que aniquila  
Cuanta pompa en tí vieron,  
Y tus muros se hundieron  
Bajo el caballo del sangriento Atila.

“¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!  
“¡Cebaos ahí en carne de villanos!”  
Gritaba de ira ciego;  
“¡Que no se encuentre luego  
“Uno con libertad de esos romanos!

“Sangre á beber venimos;  
“¡Hartaos de sangre, mis sedientos perros!  
“¡Do quiera que estuvimos  
“Que muestre que vencimos  
“La marca funeral de nuestros hierros!

“Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!  
“Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo,  
“Y hasta su templo llevo,

“Venid á verlos luego  
“Atados por los piés á mi caballo.”

Y así Atila clamando  
Giró en carrera rápida y violenta  
Sus tigres azuzando,  
La ancha espada mostrando  
Hasta el torcido gavilan sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa,  
Festín de sangre en tu recinto dieron!  
¡Oh Roma poderosa!  
La sangre generosa  
De tus hijos los bárbaros bebieron.

La compasiva luna  
Requirió los cendales enlutados  
De la sombra oportuna,  
Por no ver tu fortuna  
Hecha presa y botín de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel día  
¡Oh Roma! de tu espléndida grandeza?  
¿Quién lloró tu agonía?  
¿Quién como tú gemía  
Sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente,  
Victima del furor de tus tiranos,  
Enjugó diligente  
El sudor de tu frente  
Con maternales y dolientes manos!

Otra raza mas pura  
En vez de tus Penates y tus Lares,  
Te prestó en tu amargura  
Otro Dios de ventura,  
Otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,  
Por el antiguo vicio ya estragada,  
A tu maldad primera  
Volvistes altanera,  
Tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron mas fieros  
Con leyes de piedad otros Nerones,  
Que lobos carniceros  
Con pieles de corderos  
Volvieron á dar *sangre* á las naciones.

Y tornaron profanas  
A levantarse torpes concubinas  
Tus bellezas livianas;  
Tornaron las romanas  
A aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos  
En lugar de tus monstruos imperiales,  
Otros reyes dañinos,  
En faz de peregrinos  
Ornados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa, ¡oh Roma!  
Tuya es la culpa y de tu suelo ardiente  
Si te hundió tu carcoma,  
Del rojo sol que asoma  
Por ese azul y voluptuoso oriente!

Culpa es de esos jardines  
Que brotan fuentes, y árboles, y flores,  
Y toldos de jazmines,  
Que inspiran los festines  
Y el vértigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,  
Aguila vieja cuya frente hollaron  
Las negras tempestades,  
En que tus mil edades  
Sobre tu cana frente reventaron;

—¡Adios, con tus señores!  
Y ¡guay! que mientras tú duermes tranquila  
No tornen vencedores  
Los tigres vengadores  
De las legiones del sangriento Atila.

¡Guay! no vuelva azuzando  
Sus tigres en su cólera violenta  
Sin compasion clamando,  
La ancha espada mostrando,  
Hasta el torcido gavilan sangrienta:

“¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!  
“¡Sangre, lebreles!—Si sus dioses hallo,  
“Y hasta su templo llevo,  
“Venid á verlos luego  
“Atados por los piés á mi caballo.”—

#### LA NOCHE INQUIETA.

FANTASIA.

I.

LA ULTIMA LUZ.

Hay unas horas sin hora  
En que nuestras horas cesan,  
Horas que en el alma pesan  
Como inmensa eternidad.  
Unas horas sin oriente,  
Sin occidente y sin nombre,  
En que atosigan al hombre  
La mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere  
Esecuchar algo el oido,  
Y el aire no tiene ruido  
Que poderle dar á oír:  
En que quiere hablar la lengua  
Y se detiene medrosa,  
Porque teme alguna cosa  
Que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros  
Miramos lo que no vemos,  
En que delirar creemos  
Y deliramos creer:  
Horas en que duerme entero  
Este mundo que habitamos,  
Y nosotros despertamos  
Su descanso á sorprender.

En los pliegues de la sombra,  
Como antípodas del día,  
Estas horas de agonía  
Caminando amargas van:  
El tiempo abortó esas horas  
Para el alma que medita;  
Que el cuerpo no necesita  
Horas de tan noble afán.

Pasan sobre el grato sueño  
Del labrador fatigado,  
Sobre el sueño descuidado  
Del indolente señor:  
Sobre el del tranquilo esposa,  
Y el del necio indiferente,  
Y el de la hermosa inocente  
Que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa  
De la madre cariñosa,  
Que amante, madre y esposa.  
En un amor goza tres:  
Pasan respetando el sueño  
Del olvidado mendigo,  
Que al dar á la sien abrigo,  
Deja desnudos los pies.

Y buscan el sueño inquieto  
De algun pensador profundo,  
Que aguarda mas ancho mundo,  
De este otro mundo detras:  
Buscan al hombre que piensa,  
Y que al pensar que es eterno,  
Cambiará por un infierno  
El posible de ser mas.

Al asentarse en su lecho  
A sus párpados llamando,  
El ánima despertando  
Por el párpado miró.  
Presentósele la sombra  
Como imágen de la nada,  
A la roja llamarada  
Que la lámpara brotó.

Escucha, y oye silencio;  
Mira, y los ojos ven sombra;  
Habla, y el eco le asombra  
Sin responder á su voz:  
Solo aprende que es de noche,  
Que su mente inquieta vaga,  
Que su lámpara se apaga,  
Y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado  
El cuerpo con la costumbre,  
El ojo busca la lumbre,  
Busca el oído rumor;  
Y el alma, sin luz ni ruido  
Que su pensamiento estorbe,  
Vuela libre por el orbe  
En pos de mundo mejor.

Pero estando condenada  
A la cárcel de la tierra,  
Vuelve al cuarto que la encierra  
Para meditar en él.  
Entonces sujeta al cuerpo,  
Mar que en las rocas se estrella,  
Para sentir como aquella  
Sentidos le presta aquel.

Débil como el cuerpo entonces,  
Por ojos de carne mira,  
Y ve lo que ver delira  
Por aquel turbio cristal.  
Ve que la lámpara se cae  
La luz postrera derrama,  
Y ve en la convulsa llama  
Un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,  
Llamaradas de un momento  
Que alumbran el aposento  
Para ofuscarle otra vez:  
Que confundiendo las formas,  
Dando espacio á los objetos,  
Pintan manchas y esqueletos  
Que cruzan por la pared.

Aquella lumbre oscilante  
Que en torno al pábilo flota,  
Aérea, vibrante, rota,  
De indefinible color,  
Dibuja en los pardos vidrios  
Y en las blancas muselinas,  
Creaciones peregrinas  
Que nos llenan de terror.

Asoma rostros deformes  
De diabólicos contornos,  
Que en colgaduras y adornos  
Nos parece ver girar;  
Ya son gigantes monstruosos  
Que desaparecen livianos,  
Ya ridículos enanos  
Que se juntan á danzar.

Ya son pájaros flotantes,  
Ya son repugnantes viejas,  
Ya son fantasmas distantes,  
Negras visiones *sin luz*;  
Ya son vivientes que pasan,  
Ya son antorchas que cruzan,  
Cuyo fulgor desmenuzan  
Líneas hendidas en cruz.

## II.

## EL SILENCIO Y LA OSCURIDAD.

Cuando tras vela afanosa  
Fatigados nos dormimos,  
Soñamos con lo que vimos  
O lo que creímos ver.  
Así en tropel misterioso  
Se agitan confusamente  
Los delirios que la mente  
Despreció velando ayer.

Por huir de ella tan solo  
En ella se cobijaron,  
Y dentro de ella aguardaron  
De revelarse ocasion;  
Que esos fantásticos sueños  
Que turban nuestro reposo,  
Del ánimo religioso  
Secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda  
Por descuidado que viva,  
En algo el creer estriba  
Y en algo estriba el dudar;  
Y alguna vez engañado  
Por las que creyó evidencias,  
En sus dudas y creencias  
Ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,  
La voz y la compañía  
Que nos da la luz del día  
Impiden pensar tal vez,  
Y entonces creencias, dudas,  
Dentro del ánimo callan,  
Y en él guarecidas hallan  
Asilo en su timidez.

Por eso en órgia insensata  
El disoluto mancebo  
Dice:—"En el licor que bebo  
Ahogo cuanto creí."—  
Por eso en placer sumido  
Dice el embriagado amante:  
—"Yo no creo en este instante  
¡Vida mia! mas que en tí."—

Por eso ante sus monedas  
El jugador avariento  
Dice con audaz acento:  
—"Creo en el oro y no mas."—  
Y por eso el pendenciero  
Que el triunfo lidiando alcanza,  
Dice osado á su venganza:  
—"Honra, satisfecha estás."—

Pero si en la noche umbría  
Tras sueño inquieto despierta,  
Cada sentido una puerta  
A sus creencias le da;

Ya charolado vacío  
De estrellas rojas orlado,  
U hondo hueco iluminado  
Por agonizante hachón;  
Ya pardos grupos de sombra,  
Ya misteriosos paisajes,  
Ya pabellones de encages  
O tapices de vrespon.

La llama trémula en tanto,  
De un momento á otro momento  
Su resplandor ceniciento  
Amaga inquieta matar:  
Flota en el aire exhalada  
Del pábilo desprendida,  
Y torna al pábilo asida  
Segunda vez á brotar.

O lame blanda los bordes  
Del vaso que la contiene,  
Y á reconcentrarse viene  
En el pábilo otra vez:  
Y moribunda vacila,  
Como vibra y pestañea  
Mal herido en la pupila  
Un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil,  
De nuestro pavor objeto,  
Viene á revolver inquieto  
De la llama en rededor:  
Y en su fantástico vuelo  
Cruzando la luz, parece  
Que aumenta en formas y crece  
Como sueño aterrador.

Se desvanece un momento,  
Luego flotando aparece,  
Y con la llama se mece  
Cual si la hiciera vivir;  
Mil veces la hiende y cruza,  
Cual si un espíritu fuera  
Que danzara en una hoguera  
Donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama  
Volar errante zumbando,  
O bien las alas plegando.  
La opaca lumbre beber.  
Se le ve en el vidrio hueco,  
Sobre sus pies transparentes,  
Sus pasos indiferentes  
De uno á otro lado mover.

Y si del fuego aturdido  
La claridad evitando,  
Y su vuelo acelerando  
Se le ve cerca pasar,  
El rostro se hunde en las ropas,  
Y mientras el miedo pasa,  
La luz que ilumina escasa  
Se acaba al fin de apagar.

Y duda, y teme, y vacila,  
Y azorado el hondo pecho,  
En derredor de su lecho  
Fantasmas fingiendo está.

Su lámpara ya apagada  
Al matar la última lumbre  
Dejó sombra en la techumbre,  
Dejó sombra en la pared;  
Cerrado dentro la alcoba  
El aire falto de ruido,  
Escucha en vano el oído  
La voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos  
La sombra descolorida;  
Con una ilusión mentida  
Vienen á tocar al fin;  
Do quier que avaros se tornan  
Ven una masa uniforme,  
Una sombra espesa, enorme,  
Que no se cinea á confin.

La mente duda medrosa,  
Los sentidos se adormecen,  
Y embriagados se estremecen  
Con cada nueva ilusión:  
Todo en la mente se agita,  
Todo en la mente se embota,  
Todo en torno nuestro flota  
En callada confusión.

Y á tanto mirar los ojos,  
A tanto oír los oídos,  
Fatigados, aturdidos,  
Rumor oyen, sombras ven;  
El ánimo se amedrenta,  
Y brotan los pensamientos  
Medrosos y antiguos cuentos,  
Que la atosigan también.

Entonces es cuando el eco  
De un cabello que tropieza  
Nos retumba en la cabeza  
Con chasquido colosal;  
Entonces semeja el roce  
De la ropa mal plegada,  
La voz seca y prolongada  
De rápido vendabal.

Entonces es cuando el ruido  
De nuestro azorado aliento,  
Nos parece el sordo acento,  
La lejana confusión  
De las invisibles alas  
De aves mil desconocidas,  
Que van cruzando perdidas  
Los aires en rebelión.

Y escuchamos á lo lejos  
Huellas de pies recelosos,  
Y vagidos vaporosos  
Que se apagan al nacer;

Y crujen en las vidrieras  
Confusos sacudimientos,  
Y aullidos, gritos y acentos  
De rabia, espanto y placer.

Entonces fijan los ojos  
A compás de estos rumores  
Mil fantásticos colores,  
Sombras y delirios mil;  
Bultos que ruedan informes,  
Círculos de luces bellas,  
Vagas y raudas centellas  
Del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto  
Pasan, corren, flotan, vuelan,  
Y se apagan y rielan  
Sin tener luz ni color;  
Y parece que cruzando  
Por las tinieblas oscuras,  
Arrastran sus vestiduras  
Con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,  
De esencia desconocida,  
Deliros sin voz, sin vida,  
Nada pueden, nada son;  
Mas sin cuerpos ni colores,  
Tienen cuerpos y semblantes  
Que los ojos delirantes  
Les prestan en su ilusión;

Les presta voz el oído,  
Y movimientos la mente,  
Y vienen confusamente  
Mente y oído á acosar;  
Y mente, y ojos, y oídos  
Con tan fantástico empeño  
Alejan el blando sueño  
Y empiezan á delirar.

Llenan entonces el aire  
Peregrinas ilusiones  
Y frágiles creaciones  
De la duda y de la fé,  
Donde entre iguales contornos  
Una en otra confundida  
La miseria de la vida  
Y la religión se ve.

Allí entre un miedo mundano  
Y entre una creencia errada,  
Va una idea de la nada  
O una olvidada verdad;  
Y en tan cumplidas tinieblas,  
En silencio tan completo  
Se trasparenta un objeto  
Inmenso . . . la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda  
Cuando á solas en su lecho  
En el reloj de su pecho  
Sus horas contando está?

¿Quién no cree y no duda entonces  
En el silencio y la sombra?  
¿Quién pensando no se asombra  
Lo que existe *mas allá*?

Porque esos seres aéreos  
Que en redor nuestro sentimos,  
El rumor que percibimos  
En torno nuestro bullir,  
Aquel extraño delirio  
En que creemos dudando,  
Que hay quien nos está mirando  
Sin podersele impedir;

Es rumor misterioso  
Que con la sombra murmura,  
Esa luz leve, insegura,  
Que radia la oscuridad;  
Ese temor sin objeto  
Que la sombra nos infunde  
Y en la mente nos confunde  
La mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno  
Que nos asalta y aterra,  
Que con nosotros se encierra  
Importuno á combatir;  
Que en monótona algazara,  
En ronco y sonoro ruido,  
Acosa nuestro descuido  
Sin dejar de ir y venir;

Ese insecto á quien juzgamos  
En nuestra aflicción medrosa  
Un ser, un soplo, una cosa  
Que nos dice *no sé qué*;  
Un *no sé qué* misterioso  
Que nos traspasa de miedo,  
Que de un labio revoltoso  
Se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño  
Con que dormir procuramos,  
Y con quien tanto porfiamos  
Que hace inútil nuestro afán;  
Son voces de nuestra nada  
Que soñando comprendemos,  
Y que á gritos—si creemos—  
Preguntándonos están.

Por eso si en orgía inmunda  
El disoluto mancebo  
Dice:—“En el licor que bebo  
Ahogo cuanto creí;”—  
Por eso si en sus placeres  
Dice el insensato amante:  
—“Yo no creo en este instante  
¡Vida mía! mas que en tí;”—

Por eso si ante su oro  
El jugador avariento  
Dice con seguro acento:  
—“Creo en el oro y no mas;”—

Por eso si el pendenciero  
Que el triunfo lidiando alcanza,  
Dice altivo á su venganza:  
—“Honra, satisfecha estás;”—

En la sombra de la noche  
Con su corazón á solas,  
Luchan con las turbias olas  
De la duda y el temor;  
El uno por sus festines,  
El otro por su dinero,  
Por su honor el pendenciero,  
Y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,  
Ese crepúsculo vago,  
Son el reflejo, el amago  
Del final de nuestro ser;  
Y dudar en el silencio,  
Temer en la sombra oscura,  
No es ni duda ni pavura,  
Es conocerse y creer.

Que la sombra y el silencio  
Reflejan la eternidad,  
Como la luz de los cielos  
Reverbera en un cristal,  
Y recordando su polvo  
A la flaca humanidad,  
Son clamor de nuestra nada  
Que diciéndonos está  
“Creed, ó velad.”

Que el no atreverse á creer  
Es decidirse á dudar,  
Y dudar es tener miedo  
De creer una verdad;  
Dudar es estar en vela,  
Crear es tranquilo estar,  
Y es fuerza por duda ó miedo,  
Puesto que tan juntos van,  
Crear, ó velar.

Pues no es mas el corazón  
Que un indestructible altar,  
De donde nuestras creencias  
No se separan jamás;  
Y el jugador y el valiente,  
Y el disoluto galán,  
Tienen allá en la alta noche  
Un momento sin solaz,  
En que sus vagos temores  
Y su inquietud y su afán,  
Les están diciendo á voces  
En la muda oscuridad:  
“Creed, ó velad.”

Que ese rumor del silencio,  
Y esa ráfaga fugaz  
Que deliramos que alumbraba  
La callada oscuridad;

Y ese temor sin objeto,  
Y ese insecto pertinaz  
Que zumba, y silba, y se agita,  
Sube y baja, y viene y va;  
Y ese empeño, esa porfía  
Con que en nuestro torpe afán  
Procuramos el descanso,  
¡Vive Dios! que no son más  
Que el miedo á nosotros mismos  
Que nos impone tenaz  
Creer, ó velar.

Es la sombra incomprendible  
De ese oculto *mas allá*;  
Tras de cuyo pensamiento  
No alcanzamos á ver más  
Que lo que envuelve la noche,  
*Silencio y oscuridad.*

## III.

## EL AMANECER.

Y al fin de tanto temer,  
Tanto soñar sin dormir,  
Y tanto afán,  
El alba esperando ver,  
Cerrándose sin sentir  
Los ojos van

Al menor ruido que oímos  
Vuelven á abrirse otra vez  
Lentamente,  
Mas apenas los abrimos  
Tornan á su lobreguez  
Muellemente.

Y todavía creemos  
Que sentimos y miramos  
Desvelados,  
Y lo que oímos y vemos  
Es solo lo que soñamos  
Fatigados.

Todavía en la cabeza  
Se agitan los pensamientos  
Confundidos,  
Y con lánguida pereza  
Dejamos sus movimientos  
Vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones  
Que nuestro capricho loco  
Nos finja,  
Sus medrosas ilusiones  
Desvanecen poco á poco  
Con el día.

Una luz tibia, insegura,  
El quicio de alguna reja  
Iluminando,

Sobre la pared oscura  
La luz que fuera refleja  
Va pintando.

Y en el rayo fugitivo  
Que se pierde en el flotante  
Polvo leve,  
Aquel insectillo esquivo  
Cruzando á su torno errante  
La luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,  
Sube, y baja, y huye, y viene  
Sin recelo,  
Y se pierde, y se retira,  
Y sobre la luz se tiene  
En ronco vuelo.

De alguna torre cercana  
El esquilon nos despierta  
Un momento,  
Y en una ilusión liviana  
Concibe la luz incierta  
El pensamiento.

Y el rayo del sol naciente  
Y el insecto pertinaz  
Que bulle en torno,  
Pasan un punto en la mente  
Como una sombra fugaz  
Sin contorno.

Y en la duda vacilando  
Si velamos ó dormimos,  
Nos parece  
Que el sueño á que nos rendimos  
Nos va la luz apagando  
Que amanece.

Y pasando del dudar  
Al descanso del dormir,  
Olvidamos  
Lo que nos vino á turbar,  
Y lo que pudo existir  
O soñamos.

Y al despertar otro día  
Ya no guardamos memoria  
Ni recelo  
De la inquietud y agonía,  
De la fantástica historia  
De aquel desvelo.

Porque así, pasan sombrías  
Las horas de nuestros días  
Revoltosos,  
Las noches de dudas llenas,  
Los días llenos de penas  
Y azarosos.

Las noches creyendo ver  
Lo que habemos de creer  
Y dudamos;

Y los días sin pensar  
En lo que hemos de soñar  
Cuando durmamos.

¡Oh! verted blando beleño,  
Tardas noches, en mi sueño  
Al resbalar,  
Y tras sueño inquieto y largo  
No tenga un recuerdo amargo  
Al despertar.

## SOLEDAD DEL CAMPO.

¡Salve! fértil campiña y prado ameno,  
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,  
Donde de cuitas ó inquietud ajeno  
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,  
Y el sol te dé riquísimos colores,  
Y abundosas las lluvias te aseguren  
Tu cosecha de espigas y de flores.

¡Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra oseura  
Donde tornara al que perdí reposo?  
¡Quién me tornara ¡oh soto! á la frescura  
De tu arbolado suelo tan frondoso?

¡Quién me diera el pacífico murmullo  
De tus olmos mecidos mansamente,  
De tus palomas el sentido arrullo,  
Y el grato son de tu escondida fuente?

Cuando en tu blanda yerba recostado,  
Lejos de los impúdicos festines,  
En apacible trino regalado  
Me adormían los sueltos colorines.

Y yo les vía en las latientes plumas  
Sostenerse y picar la espesa grama,  
Y turbar del remanso las espumas,  
Y en el árbol saltar de rama en rama.

¡Ay, cuánto habrán los afanosos días  
Hollado tanta gala y donosura!  
¡Cuántas tormentas al pasar bravías  
Habrán roto tan frágil hermosura!

¡Cuán mal sonara ya mi voz mundana  
Bajo ese techo de hojas campesino,  
Sobre esa alfombra espléndida y liviana  
Que reverdece arroyo cristalino!

¡Ah! ¡lejos ya de mí tan torpe empeño!  
Apagaré el compás del arpa loca,  
Y de tus aves el sabroso sueño  
No turbarán los himnos de mi boca.

¡Contento quedaré con saludarte,  
Con ver de lejos tu silvestre pompa....!  
Tal vez ¡oh fresco soto! al contemplarte  
En lágrimas de amor cansado rompa.

Que nada son los fáciles laureles  
Con que el mundo nos brinda lisonjero,  
Si al prestarnos su manto de oropeles  
Rasga y desnuda el corazón primero.

Cuando seguí desatentado y loco  
Del mundano placer las torpes huellas,  
Aprendí que el placer vale bien poco....  
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.

Y siempre cuando en órgia estrepitosa  
La perfumada copa levantaba,  
Al apartarla de la faz jugosa  
En el vaso una lágrima encontraba.

Y siempre al son de la caliente fiesta,  
Las canciones, la báquica armonía  
Me hacían apetecer la blanda siesta,  
Y el rumor de los olmos me traía.

Y siempre en su cantar la cortesana,  
Y siempre en su tañer la danza impura  
Me acordaba la música villana  
Con que la amena soledad murmura.

Que allí la hermosa con mentidas flores  
La sien tocaba y el desnudo cuello,  
Sin pedir á sus cálices olores  
Con que aromar las hebras del cabello.

Que allí los ruisñores suspendidos  
Entre grillos y cárceles de oro,  
Con el ronco tumulto ensordecidos  
No soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado  
Nos abrasaba al aspirarle el pecho,  
Y el inmenso salón entapizado  
Erale al corazón pobre y estrecho.

Y allí también cansado suspiraba  
¡Oh deleitable soledad campestre!  
Por el sosiego y paz que en tí gozaba  
Bajo tu tosco pabellón silvestre.

¡Oh qué me place, soledad sabrosa,  
Del fresco soto y del sombrío ameno  
La tibia luz y el aura bulliciosa  
Que alumbraba y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila  
En el fondo de lóbrega laguna,  
Cuál resbalaba en ilusión tranquila  
La turbia imagen de la blanca luna.

Allí crecían las sonantes cañas,  
La verde juncia, y la amistosa yedra,  
Do tejen campesinas las arañas  
Su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venía el silbador mosquito,  
Y en tanto que en los hilos se enredaba  
Acechábale oculta de hito en hito  
La cazadora ruin que le esperaba.